

CONTENIDO

CAPITULO 1

INDICE GENERAL

1° PARTE

1. I – La Candidatura
2. II -

3° PARTE

LA CANDIDATURA

I

Después de dejar perfilado al candidato, examinaremos los rasgos salientes de la candidatura.

La candidatura presidencial del doctor Roque Sáenz Peña hallábase todavía, hace muy pocos meses, en el período de la gestación; sólo una minoría de ciudadanos había percibido su palpar profundo en las entrañas del país. De ahí, que esta falta de manifestaciones exteriores pudiera á la distancia engañar á los observadores más advertidos. El mismo interesado (os prevengo que en las páginas siguientes me expresaré sin rodeos hipócritas y con absoluta despreocupación de alborotar el cotarro) no admitía la realidad de su achaque electoral, atribuyendo los anuncios particulares que le llegaban á ilusiones ó celo optimista de sus amigos. Contribuía á mantener en él esta incertidumbre el único concepto de que una candidatura viable y aceptable se hubiera formado, cual es, una ancha base popular de opinión,

espontánea y consciente. Faltando este requisito (y diríase que entonces efectivamente faltara), el doctor Sáenz Peña se negaba á reconocer un llamamiento nacional en las simpatías latentes ó manifiestas de numerosos partidarios, más ó menos allegados, muchos de ellos, á los círculos gubernistas. El mismo pedestal de su partido le parecía un sustentáculo insuficiente, no tanto para el triunfo cuanto para la autoridad y el prestigio de un verdadero gobierno...

Así pensaba — en alta voz — el doctor Sáenz Peña, y no habrá un hombre decente para dudar de la sinceridad de sus declaraciones. Sin embargo, helo ya en camino, y en vísperas de llegar á su país, con el título aceptado y todos los atributos inequívocos de un candidato á la presidencia. ¿Qué ha ocurrido en tan corto intervalo? Un suceso muy sencillo y normal, para quien estaba al cabo de la situación. Se ha producido el alumbramiento; y en condiciones tales, que han bastado pocas semanas para que la candidatura recién nacida recorriera triunfante los ámbitos de la República: aclamada en la Capital y las provincias, aunando donde quiera adhesiones y voluntades, atrayendo simpatías, sacudiendo apatías, juntando fuerzas nuevas al andar, como la Fama de Virgilio, y, finalmente, imponiéndose á la opinión con el carácter lógico é indiscutible de un hecho definitivo. A su hora, en el momento preciso, la solución patriótica del problema ha salido del consenso

nacional como se desprende del árbol una fruta madura.

Asumiendo semejantes proporciones el movimiento descrito, no creo que sea temerario augurar desde ya el resultado, que á todos parece evidente. En todo caso, admitiremos la hipótesis, como se hace en geometría, para examinar honradamente las condiciones con que ha surgido y crecido la candidatura triunfante.

Consignemos al pronto, como justo homenaje á la cultura del país, que los órganos opositores más autorizados de la prensa periódica no han esgrimido contra el candidato, que no es el de sus preferencias, las armas vergonzantes de la denigración y el vituperio. Con excepciones sin importancia, el carácter general de la presente contienda se ha mantenido, y se mantiene, en los límites de la debida reverencia, y, hasta puede decirse, de la justicia y la verdad relativas. Ninguna tentativa atendible se ha producido para demostrar que el sol no alumbra á mediodía y que el patricio, cuya figura hemos trazado, no es digno de dirigir los destinos de su país. Los adversarios más ardientes y menos sensatos no han llegado á formular impedimentos personales. Las objeciones son de otro orden, si bien, con excepción de una sola, tan frágiles y vanas que no resisten al primer capirotazo. Pero, antes de entrar en el asunto, necesito fijar ciertas posiciones con respecto al movimiento político que,

á raíz de desaparecer el sentido Emilio Mitre, ha hecho surgir el nombre del doctor Guillermo Udaondo.

No es éste el lugar para efusiones personales; y si me atrevo á mentar la honrosa y cordial amistad de un cuarto de siglo que me une á Udaondo, no es sino para caracterizar de una vez las reservas que me sugiere su presente aventura electoral. Por lo demás, son tan notorias sus partes nobilísimas de caballero y ciudadano, que parece ocioso y hasta ingenuo enumerarlas delante de argentinos. Dechado de rectitud y patriotismo, sus antecedentes y merecimientos inspiran el respeto á la distancia, lo propio que su lealtad y calor de corazón despiertan el afecto en la intimidad. Y me detengo en el esbozo, porque acuden espontáneos bajo mi pluma algunos de los términos que para el otro retrato he empleado. No tiene, por cierto, una carrera política comparable á la de Sáenz Peña; pero este defecto (*felix culpa*) es en parte achacable á su condición moral. Ha sido gobernador, sin otorgarse como cesantía una banca en el Senado nacional, lo que puede tenerse por una transgresión insólita, casi ofensiva para el gremio "mandarinesco". El gobierno de Buenos Aires es un altísimo cargo cuando no lo subalterna la calidad inferior de sus titulares. En manos de Udaondo, volvió á su correspondiente nivel, que es el del segundo puesto de la República, como se considera en los Estados Unidos al

gobierno del Estado de Nueva York ⁽¹⁾. Sobre esa administración ejemplar he escrito, hace catorce años, un artículo que concluía así: “Este mensaje gubernativo, documento notable en todo sentido, honra al magistrado ilustrado é íntegro que lo ha producido, y nos persuade de que bastarían algunas administraciones semejantes á la presente, apoyadas en la opinión pública, para volver la rica provincia á sus prósperos destinos” ⁽²⁾.

El doctor Udaondo, pues, no manifiesta sino una ambición legítima al aceptar la candidatura presidencial, de que le hacen digno sus condiciones propias y sus antecedentes. Es todo un candidato. Y no debe ser motivo de despecho para nadie, sino de orgullo patriótico para todos, el que en la presente contienda electoral no esté en juego la suerte del país, no pudiendo el triunfo oscilar sino entre dos competidores irreprochables y dignos, por conceptos muy semejantes, del puesto supremo á que aspiran.

Pero, si nadie pone en duda que el doctor Udaondo tenga las cualidades y atributos de un candidato, me será permitido declarar, con la misma franqueza que la demostración afectuosa de sus amigos porteños, no tiene el volumen ni la compaginación de una candi-

(1) La vicepresidencia es una sala de espera, cuyo ocupante suele pasar de la nada al todo; pero entonces deja de ser *vice*.

(2) *Courrier Français*, 3 de Mayo de 1895.

data. ¡Ojalá se robusteciera la abnegada falange, y, tomando consistencia en proporciones bastantes, fuera á ocupar realmente la liza electoral! Y al formular este voto sincero, no cedo al móvil frívolo de evitar el triunfo siempre algo desairado de *walk-over*, sino al deseo plausible de que pudieran los elementos ahora movilizadados quedar como base de un verdadero partido político. Desgraciadamente, es de temer que tales anhelos sean quiméricos, dado lo heterogéneo de los elementos allí agrupados. Parecen ser aquéllos otra unión de lance y accidente, como esas amistades de á bordo que duran lo que la travesía. Hoy por hoy, la masa — ó mesa — electoral del doctor Udaondo se compone de un estado mayor, cuyo núcleo está constituido por una minoría decorativa de *Reduci dalle patrie battaglie*, á la cual se han adherido algunas reliquias erráticas de los pasados acuerdos, con el coro inevitable de los anónimos aspirantes á “entrar”. Todo ello constituye un conjunto halagador y hasta imponente, — sobre todo para contemplado desde las columnas prestigiosas de un gran diario. Pero de esto no pasará. Un desfile por la calle San Martín no es una campaña; y no se hace campaña con sólo un estado mayor, por brillante que aparezca, y una banda de música, aunque sea la mejor de la República.

Pero ¡cuán cierto es aquello de que la historia se repite, — aunque fuera más exacto decir, en este caso, que se prolonga y arrastra, achicando más y más sus

componentes! Tengo á la vista mi mencionado folleto, con el resumen que allí presentaba de la situación política de los primeros días de 1892. Parece escrito esta semana, con una enorme diferencia en las proporciones. Ocupaban el escenario opositor, entonces como hoy: por una parte, un acuerdo precario del mitrismo con el roquismo; por la otra, el partido radical (persistía en llamarse todavía "Unión Cívica", después de segregados los mitristas) con su eterna inquietud y su intransigencia de encargo, por no decir profesional. Y los dos ó tres grupos maniobraban sin tregua, juntos ó separados, prodigando las proclamas en que, como el "general" de la fábula, afectaban despreciar por muy verdes las uvas situacionistas que no podían alcanzar. Para mayor complicación, habíale ocurrido en aquellos días (Diciembre de 1891) al doctor Irigoyen aceptar la vaga candidatura radical, después de verse eliminado de la vaguísima combinación mitrista. He aquí en qué términos amenos desenredaba, desde mi rincón, aquella madeja sin cuerda:

Enfrente del abatido roquismo y del mitrismo mutilado, ¿qué representa el grupo restante de la Unión Cívica? No forman seguramente un partido, sea cual fuere el valor intelectual ó moral de algunos individuos, los radicales que, sin programa de gobierno, sin verdadera cohesión, no han encontrado en su propio grupo un candidato "presidenciable". El doctor Irigoyen es un cuerpo extraño en aquel organismo: un injerto de jazmín en un tunal.

Lo repito: la Unión Cívica no es un partido, sino un club político. No importa el número de sucursales; las del antiguo é histórico de los Jacobinos, durante la revolución francesa, pasaban de mil y cubrían todo el territorio. Un club puede ser con el tiempo el laboratorio de un partido, cuando agrupados sus miembros en torno de un gran principio, salgan del estrecho recinto, vivan y se propaguen al aire libre, arraigados en pleno suelo nacional. El programa de la Unión Cívica es todo de guerra, es decir, negativo. Inferior al sable de Prudhomme, que así defendía los gobiernos como los combatía, ese programa no prevé sino la segunda operación. Con sólo ataques y negaciones se demuestra ser una minoría en el país. Su jefe, sin duda, es más simpático que Robespierre, y me complazco en reconocerle tan "incorruptible" como quizá lo fuera aquél; pero, al confesar que, para conseguir candidato viable, la Unión Cívica necesitaba abrir sus filas á elementos extraños, ha firmado su propia abdicación. En cuanto á las fórmulas austeras, la sorpresa de Mendoza, sin mucho influir en el resultado, habrá probado tan sólo que en materia de influencias gubernativas, se desprecia, ante todo, lo que no se ha podido captar (1). Aislada, la candidatura del digno doctor Irigoyen no inspiraba sino respeto y simpatía. Su última é inesperada aleación arranca una sonrisa. El candidato de los cívicos había sobrevivido á muchas y honrosas derrotas; pero esta vez sucumbe de veras, convicto é inconfeso, bajo un mandil de radical.

(1) No nos desdafiemos de recoger las migajas de la historia. Entre el presidente Pellegrini y el doctor Leandro Alem, no estaba todavía cavado el abismo. En aquellos meses, encontrándome solo en la ciudad, solía comer con frecuencia en el Café de París ó en el de Mercer. Algunas veces Alem se acercaba á mi mesa para conversar de política y, por supuesto, del "Gringo". Como era deber mío, procuraba aproximar á los dos antiguos amigos de juventud; hasta arreglé una entrevista que no dió, ni podía dar, resultado. Si el doctor Saldías tiene tan buena memoria como yo, ha de recordar una de aquellas sobremesas, en el restaurant de Mercer. Alem era un utopista convencido, sincero, ingenuo. El no vivía oculto; no temía la discusión ni la luz; no hubiera aspirado á ser el cacú del radicalismo.

Tal era, hasta ayer, la situación electoral: un conflicto de impotencias ligadas dos á dos, cuyos consorcios efímeros y refractarios parecían aun más debilitantes que su franco antagonismo. Era demasiado evidente que, ni la Unión Cívica ni el Acuerdo, contaban ya con las capas profundas de la Nación, ni alcanzaban audiencia general ante el país. Y esto mismo acrecentaba la incertidumbre y el malestar del pueblo argentino. Hoy ha surgido un factor nuevo, de donde debía surgir, puesto que los grupos militantes revelaban su insuficiencia. El Partido Autonomista Nacional, reorganizándose sin sus antiguos jefes y volviendo á sus rectas tradiciones, ha elaborado una candidatura nueva, desligada de pactos ó compromisos y cuya significación inmediata se ha impuesto á la opinión...

Aquello, como dije, parece escrito para la hora presente, con una diferencia enorme en el volumen comparativo de las agrupaciones políticas, y también en la acción de presencia, mucho más preponderante hoy que entonces, de los elementos gubernativo y conservador.

II

No he oído que, durante la presente campaña electoral, haya habido quien desafiara el sentimiento público denigrando la persona del doctor Roque Sáenz Peña ó poniendo en tela de juicio sus merecimientos. Pero han vuelto á relucir dos antiguas acusaciones enderezadas á su candidatura, á más de otra nueva, acaso menos seria que las anteriores, aunque

colara por algunas cancillerías menores (y que no son, por lo tanto, las aludidas) su *venticello* inofensivo.

Podría, y acaso debería, prescindir de tomar en cuenta, por lo menos una de ellas, que yace por el suelo esperando el escobazo que la lleve á su destino. Sin embargo las mencionaré todas para hacer justicia de ellas en pocas palabras. Al cabo, lo insano de las únicas objeciones formuladas es la mejor prueba de que no han podido los celosos escudriñadores encontrar otras más graves. La primera, á que me refiero, es aquella gastada imputación de juarismo, que ya no tenía asidero hace diez y siete años, y que hoy apenas tiene sentido, así para los voceros que la esparcen como para los públicos de comité que la recogen y aplauden. Se ha mostrado que Sáenz Peña sólo perteneció á la administración de Juárez como diplomático, con excepción de las tres semanas finales. He dado los motivos respetables de esa colaboración *in extremis*. Fué mucho más prolongada la de otros hombres de bien, ministros ó altos funcionarios que no tuvieron arte ni parte en el despilfarro administrativo. Y dicho esto con perdón de mi difunto "irigoyenismo", pasemos á otro artículo menos insípido y necio.

El rumor, á que más arriba he aludido, no es otro que la especie, misteriosamente propalada en los corrillos políticos, de que habría causado alguna alar-

ma en dos cancillerías extranjeras la eventualidad de una presidencia Sáenz Peña. Es apenas necesario agregar que se trataba del Brasil y Chile. Antes de soplar sobre ese castillo de naipes, bueno es hacer notar el singular concepto que de los deberes internacionales se formaría quien admitiera un solo instante, como posible, la ingerencia directa de cualquier gobierno extranjero en la política argentina. La hipótesis de que necesitara un candidato ser *persona grata* á las cancillerías salva los límites de lo absurdo. Pero, á falta de la más velada insinuación oficial, de todo punto inaceptable, ¿no habríase percibido en la atmósfera internacional algún síntoma de aprensión ó inquietud que diera pie para la especie? Conviene aquí, para mayor precisión, separar las dos causas brasileña y chilena.

Descartadas ciertas incompatibilidades personales, que no atañen á la marcha respectiva de los dos países, nada existe entre el Brasil y la Argentina que pueda justificar una política de hostilidad ó recelo. Ambas naciones caminan hacia el ideal común de la civilización y del engrandecimiento por caminos casi paralelos y que, en todo caso, no se encuentran, estando uno y otro orientados al mismo Norte lejano de progreso y de luz. No pueden por sus producciones diversas estorbarse, ni menos chocarse por las zonas extremas de sus inmensos territorios, apenas ocupados donde son limítrofes, y, hacia el litoral, separados por un

Estado independiente. Agregaré que no se descubre, en los antecedentes del doctor Sáenz Peña, el más leve indicio que autorizara un cambio de actitud y una veleidad de mal humor por parte del Brasil. A su respecto, no se conocen de aquél sino expresiones de una simpatía franca y desembozada, la cual parece correspondida, si atendemos á las declaraciones cambiadas en París, entre el ministro del Brasil y el de la Argentina ante el Quirinal, y sobre todo al recibimiento espléndido de que éste es objeto, á estas mismas horas, en Río Janeiro.

Si falta hasta la apariencia de un motivo que, por el lado del Brasil, explicara el supuesto desvío, confesamos que no sucede lo propio con la república de Chile. Aquí las apariencias favorecen la presunción; veamos si la realidad confirma las apariencias. Analizado el caso, resulta que los elementos de juicio pesimista se reducen: 1.º á las noticias enviadas á un diario de Chile por su corresponsal de Buenos Aires; 2.º á los vínculos de afecto que ligan á Sáenz Peña con el Perú. Se medirá la importancia del primer testimonio con saber que el noticiero aludido busca exclusivamente — ó buscaba, un tiempo, — en nuestra prensa opositora las fuentes de su efectismo profesional. Por lo demás, sus chismes triviales — que, me consta, no merecen crédito en Chile — giran en torno del gastado tema de la guerra peruana: de suerte que, en definitiva, los dos cargos se confunden.

La tesis única, pues, consiste en examinar si, por el hecho de pelear valientemente por el Perú, hace treinta años, el estadista y el patriota que hemos descripto podría pensar, una vez elevado á la primera magistratura, en perturbar sin razón la armonía existente y, llevando las cosas al extremo, en correr el terrible albur de una guerra gratuita, siendo así que el país, en causa propia, y mediando intereses históricos, recurrió al arbitraje para evitarla. Ha bastado enunciar la proposición para que resalte su insensatez. Las fuerzas que mueven la política exterior de las naciones poco obedecen á razones sentimentales. Vemos que en Europa el parentesco más estrecho de los soberanos no pesa un adarme en las soluciones del gobierno. Y en cuanto á los quiméricos temores de complicaciones, que el carácter de Sáenz Peña parece inspirar, — sobre todo á sus adversarios electorales, — aquí es el caso de recordar el rasgo final que, como dije más arriba, completa su fisonomía: “este árbitro siempre escuchado en asuntos de honor, este valiente, no ha tenido un solo duelo”. Lo que, transportado del particular al hombre público, podría traducirse de este modo: “así como la razón serena, unida al valor reconocido, aleja la probabilidad del choque personal, así también la previsión y la prudencia del jefe de Estado, unidos á su firmeza y patriotismo, previenen los conflictos internacionales”. Por lo demás, él mismo ha hecho públicos en ocasiones solemnes sus senti-

mientos de ciudadano y estadista argentino, con respecto á la nación chilena, á quien admira justamente por su temple varonil y su laboriosa energía, que le valen esta situación, única en la América latina, de ser un pueblo grande con territorio estrecho. En cuanto á la peruana, ni en las declaraciones meditadas del gran banquete del Prince George's Hall, ni — lo que es mucho más significativo — durante los entusiasmos exuberantes de Lima, se dejó Sáenz Peña arrastrar en la pendiente de las promesas temerarias que su lealtad juzgara imposible de cumplir. Como hombre, él debe al Perú su afecto sin tasa; como Presidente de la República Argentina, nadie sabe mejor que él que no le podría ofrecer sino el tratamiento de nación amiga y, ocurriendo el caso, sus buenos oficios.

III

El último y más importante capítulo de acusación que á la candidatura del doctor Sáenz Peña se haya dirigido, consiste en su llamado "oficialismo". Hasta ahora no se deriva sino de la opinión manifiestamente favorable de los círculos gubernistas de algunas provincias, con las influencias naturales que tal opinión ha de significar en el partido local que cada círculo representa. Voy á ser tan explícito en la discu-